

ct

Ushuaia

de
Alberto Conejero

(fragmento)

NINA

Así lo haré. No, perdóneme. Yo no creo que usted sea tan triste (*Pausa.*) En cierto modo, yo también lo soy. Aunque no lo quiera. (*Pausa.*) Mateo, yo vine aquí buscando esto. Escuche. Nada. Eso quería. No sé explicarle. Sentía un peso en el pecho. No era dolor ni angustia. Sólo un peso chiquito aquí. Qué misterio eso: cómo nace la tristeza. Porque de pronto ocurrió. Un día abrí los ojos y ya no podía. No tenía fuerzas. No podía moverme, no podía respirar, me ahogaba, me ahogaba entre la gente a la que antes amaba. De pronto. Como una de esas plantas que un día enferman y no sabes por qué. Y se ponen mustias y tú no puedes hacer nada. Y piensas: “si la luz es la misma y le echo la misma agua”. Eso me pasó, señor. Las compañías que antes frecuentaba, los lugares que amé, de repente todo perdió su sentido. Y ese peso en el pecho se iba haciendo más grande y yo sentía que me ahogaba dentro de mí misma, que iba a hundirme en la tristeza y desaparecer allí en el fondo. Que un día vendrían a mi casa y encontrarían mis ropas sin mí. Y él... ¿Qué importa ahora? Por eso vine aquí, tan lejos, porque no hay más lejos que esto, por eso le rogué que me aceptase, que me diese el empleo. Hay tardes que camino hasta los lagos y me quedo allí, parada, como una de esas viejitas locas que se ríen solas en los parques. Y no es justo. No está bien eso de llamarles locas porque ríen solas o lloran solas. Pero lo hacemos. Por eso vine aquí, porque tenía mucho que llorar y también mucho que reír. Por eso subo a los lagos. Y me quedo allí, horas y horas mirando la nieve. Porque cuando estoy allí arriba, en medio de toda esa luz como no usada, y siento el aire helado que entra por mi nariz, por mi boca, de repente todo ese frío me hace sentir que no he muerto del todo. Como si la tristeza no soportara tanto frío y se fuera de mi cuerpo. Una tontería, una tontería le digo. Perdone. He hablado demasiado.

MATEO

Está bien, Nina. Entiendo lo que quiere decirme.